

La hora de las elecciones en Ecuador*

Agustín Cueva

1

0

5

En una rápida comparación de Ecuador con los dos países que lo han precedido en la exposición, quisiera recordar que Ecuador tiene el segundo lugar en cuanto a número de golpes de Estado en América del Sur, después de Bolivia; y que, a diferencia de Colombia, su historia contemporánea ha sido poco violenta y su espectro político es más bien multipartidario, sin ese monopolio que Rafael Vergara señala para Colombia.

En lo que se refiere a los hechos contemporáneos, deseo destacar que Ecuador fue el primer país sudamericano que retornó a la democracia en 1979; y creo

que se facilitó ese retorno porque las dictaduras anteriores, las militares, no habían sido dictaduras tiránicas ni represivas como las del cono sur de América Latina, más bien tuvimos una dictadura de tipo militar reformista, con Guillermo Rodríguez Lara, y luego la junta que siguió, encabezada por Alfredo Poveda Urbano que, aunque abandonó la línea nacional reformista, no constituyó tampoco una dictadura de carácter terrorista. De hecho, y como paradoja, la dictadura más fuerte del último periodo ecuatoriano fue la de José María Velasco Ibarra, entre 1970 y 1972, o sea la dictadura de un gobernante civil.

En las elecciones que hubo en 1979, el triunfador fue Jaime Roldós Aguilera, en principio miembro de un partido de

* Transcripción de la cinta grabada en el ciclo de mesas redondas, autorizada por el autor.

1
0
6

carácter populista, la Concentración de Fuerzas Populares, más conocida como CFP. Pero, como un dato ilustrativo, no sólo de lo que pasaba en el Ecuador sino también de toda una tendencia latinoamericana y más precisamente sudamericana, conviene subrayar que, a pesar de provenir de ese partido y estar apoyado por él, el comportamiento político de Roldós, su visión del mundo y su gobierno estarían más cerca de lo que fue la tendencia socialdemocrática de aquel entonces, con muchos rasgos progresistas. Y decía que es representativo, porque ustedes saben que los años setenta fueron los años en que, en América Latina, se constituyeron las realmente grandes internacionales políticas, y la socialdemocracia captó mucho de lo que

había sido el viejo tronco populista; entonces, por la vía del "roldosismo" Ecuador entraba en una onda general del continente. Junto con Roldós, en la misma fórmula, estuvo para vicepresidente Osvaldo Hurtado, miembro del partido que en Ecuador se llama Democracia Popular y que es simplemente la expresión ecuatoriana de la democracia cristiana.

Ahora bien, la administración de Roldós nunca fue fácil, entre otras cosas, porque el Congreso estaba dominado por la CFP, en su forma más caudillista representada por Assad Bucaram, pariente por lo demás, de Roldós. Assad Bucaram, cuando apoyó la candidatura de Roldós, pensaba un poco que éste iba a ser su hombre de paja y que, por lo



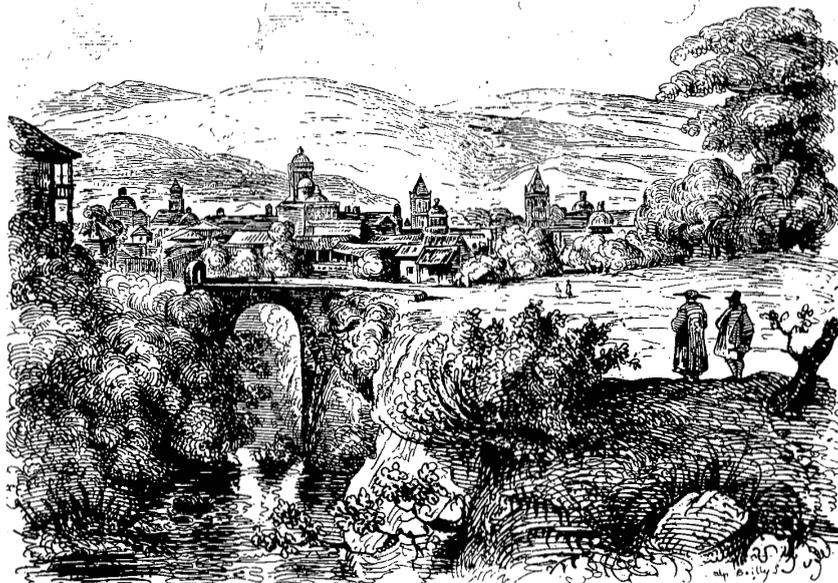
tanto, la CFP gobernaría por medio de Roldós; ahora bien, como Roldós tomó distancia de esta agrupación, Assad Bucaram se hizo fuerte en el Congreso y desde ahí le hizo la vida política imposible a Roldós, paralizando muchos de sus proyectos. Otra de las características de Ecuador es que, con frecuencia, el Parlamento y el Ejecutivo estarán en relaciones de tensión y a veces de fuerte oposición.

El gobierno de Roldós tuvo una duración bastante breve, ya que habiendo tomado posesión el 10 de agosto del 79, falleció el 24 de mayo de 1981 en un accidente que, en su tiempo, fue trágicamente famoso y que luego se haría mucho más célebre todavía, cuando la forma en que él murió recordó mucho a la que poco después acabaría con la vida del general Omar Torrijos en Panamá. Es decir, no sólo en el momento en que ocurrió el accidente hubo muchas dudas sobre si era un accidente o un atentado, sino que eso ha seguido siendo objeto de especulaciones como la que recientemente se manejó, probablemente armada por la CIA, en donde se trataba de involucrar a Noriega en la desaparición de Roldós, lo que ciertamente parece poco verosímil. De todas maneras, su muerte hizo que pasara el gobierno constitucional a Osvaldo Hurtado por el tiempo que faltaba para completar el mandato y fue elegido vicepresidente León Roldós Aguilera, hermano del presidente fallecido; aquí, más que una cuestión ideológica, pesó el factor afectivo, que en la política ecuatoriano cuenta casi tanto como en la vida política brasileña.

La administración de Osvaldo Hurtado se caracterizó porque le tocó administrar la crisis, que en Ecuador fue muy pronunciada, primero, porque se inició un poco antes que en el resto del conti-

nente, no porque hayamos hecho nada voluntariamente para ser los "pioneros", sino porque en 1981 tuvimos una guerra con el Perú: una miniguerra si se la ve desde lejos, si se la juzga por el número de víctimas que felizmente resultaron reducidas al mínimo, pero que, para Ecuador, implicó un costo económico muy elevado, como para cualquier país pobre que comienza a armarse para una guerra, por lo demás absurda. Esto repercutió inmediatamente sobre la economía, que comenzó a tambalearse. En el año 82 viene la crisis general de América Latina que termina por golpear a Ecuador, pero con una mala suerte muy especial porque, a la guerra y a la crisis, va a seguir una temporada de sequías, y a las sequías una temporada de inundaciones; todo lo cual hace que el panorama económico se complique enormemente y que Osvaldo Hurtado tenga que administrar esa situación nada agradable. Como un agravante más: Hurtado no tiene una base social real; él ha ganado gracias a Roldós, al carisma de éste y a la maquinaria de la CFP; pero, en sí mismo, el Partido de Democracia Popular, de Hurtado, es un partido pequeño sin gran extensión nacional.

Entonces, administrando la crisis con la posibilidad de que haya mucha oposición, Osvaldo Hurtado inicia una forma de "legitimación" democrática que luego se volverá corriente en América del sur y América Latina en general, en donde la democracia no se caracteriza, no se justifica, por ser algo positivo, por encarnar las aspiraciones de las masas, por encarnar el gran proyecto nacional, sino a título de mal menor. El argumento principal de Hurtado para controlar cualquier expresión popular es: "bueno, yo no tengo suficiente fuerza para sostenerme en el poder, pero si ustedes hacen una huelga nacional prolongada, yo me caigo, vuel-



ven los militares y, con seguridad, para ustedes será peor”.

Este tipo de legitimación negativa se encontrará luego como moneda corriente en América del Sur, desde Bolivia, por lo menos a partir de Siles, hasta Ecuador en otros momentos y, por supuesto, en el Brasil de Sarney. Así que eso comenzaba ya a ocurrir, con lo cual no estoy diciendo nada personal en contra de Osvaldo Hurtado sino afirmando que, en América Latina, predominaba este tipo de legitimación porque simplemente la crisis escapaba al control de los gobiernos y la democracia se iba deteriorando.

En estas condiciones, la siguiente etapa en Ecuador es fácil de comprender: el ascenso de la nueva derecha, de una nueva derecha que también comenzaba a ponerse de moda en el mundo;

los ecos de la derechización de Occidente habían llegado a Ecuador y eso se juntaba con la tradición del cacique rústico y matón de la costa ecuatoriana.

León Febres Cordero representó ese fenómeno: ciertas ideas neoliberales en cuanto a política económica, un neoconservadurismo político y un alto grado de agresividad “civil”. Ahora, ¿por qué ese ascenso de la nueva derecha? Parecía un irresistible ascenso porque era la única fuerza política que podía declarar la guerra a Hurtado sin miedo a un golpe de Estado, pues de haber tal golpe, de todas maneras favorecería a la derecha; es decir, Febres Cordero no arriesgaba nada y tenía mucho que ganar con ese tipo de oposición. La nueva derecha creció y, en las elecciones de 1984, Febres Cordero ganó de manera relativa-

mente holgada frente a Rodrigo Borja, el actual presidente, que en aquel entonces fue candidato por segunda vez y candidato perdedor.

De ese modo Ecuador fue el primer país de América del Sur que tuvo un gobierno civil de nueva derecha; el país que lo precedió en un plano latinoamericano y caribeño más amplio fue Jamaica que, en 1980, presenció el triunfo de la nueva derecha encabezada por Edward Seaga. Esas son, por lo demás, las únicas experiencias anteriores de nueva derecha civil en América Latina, experiencias de las cuales, la nueva derecha tipo Vargas Llosa u Octavio Paz, no quieren acordarse porque simplemente no son flores que se deban exhibir. ¿Por qué?, porque el gobierno de Febres Cordero tuvo dos características fáciles de sintetizar: primero, económicamente fue un desastre. La gran promesa de la nueva derecha de que tomando medidas drásticas, poniendo en orden a las fuerzas políticas adversarias, reorganizando el Estado, se iba a reactivar la economía y los capitales iban a fluir de todos lados, en la experiencia ecuatoriana se vio que era simplemente un mito. Cuando Febres Cordero visitó Estados Unidos, él y Reagan se lanzaron piropos diciendo: "somos los dos cowboys de las Américas"; sin embargo, no se pasó de esa retórica y no hubo ningún flujo significativo de capitales a Ecuador.

En cuanto a la política, en ningún momento de que se tenga memoria en el siglo actual, Ecuador había experimentado tal clima de terror, en el sentido de que en el hogar las personas, si eran de la oposición, nunca estuvieran seguras de si el hijo iba a volver, si iba a ser secuestrado o si comenzarían llamadas por teléfono para amenazarlas. El presidente pasaba por encima de las decisiones del poder legislativo; no se había

proclamado una dictadura, pero el legislativo decía algo y el presidente respondía simplemente: "no lo voy a acatar"; el poder judicial le llamaba la atención y decía: "Tiene que acatar la decisión del legislativo", y el presidente insistía: "No la voy a acatar porque no estoy de acuerdo con ella." Es decir, un clima que ni en épocas anteriores de dictadura se había vivido; un clima de terror que, tal vez a los que venían de otro lado no les sorprendía, pero que en Ecuador, simplemente no estábamos acostumbrados a que nos sucediera en carne propia. Fue la nueva derecha la primera que consiguió hacer esto, y además, amedrentó a las fuerzas progresistas que no supieron cómo reaccionar, porque temían que si Febres Cordero encontraba resistencia se proclamaría dictador, cuestión que sin embargo estaba fuera de la corriente histórica. A esas alturas, o habría un golpe y los militares tomaban para sí el poder, comenzando por poner fuera a Febres Cordero, o no habría golpe ninguno, ésa era la corriente continental; pero, en Ecuador, se seguía viviendo —por lo menos en la izquierda e incluso en la socialdemocracia— de los esquemas pasados: el autogolpe, como los autogolpes que se daba Velasco Ibarra en sus buenos tiempos.

Con todo esto, Febres Cordero tenía atemorizada a la población; quiso consolidar su poder llamando a un referéndum que era una caricatura de consulta porque no se decidía sobre nada esencial para el país: no se consultaba sobre si debíamos o no pagar la deuda, si debía o no haber una reforma agraria, si había que privatizar o no los sectores de economía estatal, nada de lo que era fundamental. La consulta fue sobre si los independientes podían o no ser candidatos, porque la ley electoral vigente del país decía que, para ser candidato, había

1
 1
 0

que ser postulado por un partido y miembro de él. Entonces se lanzó la nueva derecha a esa aventura segura de que ganaría el referéndum, dado que, en un país que no tiene fuertes tradiciones de encuadramiento partidario, parecía lógico pensar que todos iban a votar por que los independientes también pudieran ser candidatos. Probablemente hubiera ganado el referéndum Febres Cordero si no acontece un hecho insólito que iba a cambiar la correlación de fuerzas políticas: me refiero a los famosos levantamientos encabezados por el general Frank Vargas Pazzos, que se deben entender dentro de la perspectiva de la historia contemporánea de Ecuador. Frank Vargas Pazzos, jefe de la Fuerza Aérea ecuatoriana de aquel entonces, se levantó inconforme con un negocio que Febres Cordero había hecho –uno entre tantos– en la compra de un avión; se levanta para reclamar algo que estima una inmoralidad económica cometida por el gobierno de la nueva derecha y, luego, por lo que considera una violación de ciertas jerarquías que no han sido respetadas en la licitación que debía preceder a esas compras.

El autoritarismo de Febres Cordero hace que no ceda ante los reclamos de Frank Vargas Pazzos, lo que termina con la toma de una base aérea por este último. Ahora bien, era muy difícil entender, fuera de Ecuador, la lógica política de ese proceso, el porqué de la simpatía de la población por Vargas Pazzos. Si el movimiento pasa de ser un reclamo localizado a ser un movimiento de carácter político, es porque la población ve en Vargas Pazzos la respuesta adecuada a Febres Cordero; pues, si Febres Cordero en su actitud y en su imagen era un matón (un hombre al que le encantaba presentarse armado en la televisión comparando, en su caballo, etcétera), en-

tonces, lo que se veía era que al “macho” de la nueva derecha le había salido el “macho” militar que le iba a poner un alto. Lamento que la política pueda descender a esos niveles, pero lo que hay que dejar claro, como paradoja de la historia, es que no fue ningún militar el que la rebajó a esos niveles: fue el civil Febres Cordero. Ese militar –Vargas Pazzos– aparecía casi como el caballero que quería moralizar y además el caballero valiente (una especie de Llanero Solitario) que se rebelaba contra lo que, yo diría, constituía el grupo gangsteril de Febres Cordero. De aquí que ocurrieran esa serie de levantamientos cuyo primer efecto fue que en el referéndum fuese derrotado Febres Cordero. ¿Por qué? Porque simplemente le perdieron el miedo. Además, la vieja idea de que si el ejército se levantaba el golpe iba a ser en favor de Febres, quedó destruida gracias a que una parte de las fuerzas armadas se levantó precisamente contra Febres.

Perdido el referéndum, el equilibrio político del país era distinto y la posibilidad de que la nueva derecha fuera vencida en las siguientes elecciones quedaba desde ese momento abierta. Sin embargo, la historia de los levantamientos de Frank Vargas continuó porque, después de que se hubo entregado a la justicia y depuesto las armas, el Congreso de Ecuador lo amnistió por razones que ustedes ya comprenderán: la amnistía de Frank Vargas era un pedido popular ya que, a esas alturas, se le consideraba un héroe del pueblo. Cuando el Congreso ordena la libertad de Frank Vargas, Febres Cordero se opone a ella y Vargas recurre al *habeas corpus*; el alcalde de Quito exige que se le ponga en libertad; Febres insiste en que él no lo va a hacer; la Corte Suprema de Justicia le llama la atención diciendo que tiene que ser puesto en libertad Frank Vargas, pero

Agustín Cueva

Febres Cordero se niega, recalcitrantemente. Y ahí viene la segunda parte de la confrontación entre la Fuerza Aérea y Febres Cordero, cuando éste asiste como invitado de honor a unas festividades en la principal base del Ecuador, llamada Taura, cercana a Guayaquil. En el momento en que llega a Taura le dicen: “ya que por las buenas no quiere poner en libertad a Frank Vargas, ahora lo va a hacer por las malas”. Curioso escenario, Febres Cordero había dicho que él no negociaba con terroristas ni secuestradores; pero en ese momento, claro, como quien estaba en juego era él, terminó por negociar. Otra paradoja: como parte de la negociación propone a los militares de la base aérea de Taura dar un golpe de Estado y los militares le dicen: “no, usted es el presidente constitucional, usted tiene que hacer respetar la Constitución y aquí no habrá ningún golpe de Estado; usted va a poner en libertad a Frank Vargas”. Ante eso, naturalmente Febres Cordero tiene que negociar; Frank Vargas viene en un avión y Febres Cordero pide que por favor no lo enfrenten con él. Se llega entonces a una negociación para que cada cual se vaya tranquilo a su casa y todo termina de esta forma grotesca y yo diría vergonzosa para nosotros los ecuatorianos; pero ésa fue la política que la nueva derecha impuso en el Ecuador y que, como ven, tuvo una salida absolutamente insólita, difícil de imaginar y difícil de comprender. Cuando en el exterior se vio en la televisión a Frank Vargas levantado y la base aérea de Quito rodeada de una multitud de miles y miles de personas que lo ayudaban y querían defenderlo del embate de los tanques, seguramente se pensó: ése es un país de gente que no anda muy bien de la cabeza. Pero el problema había nacido en una administración típicamente neoderechista.

Con todo esto, en las siguientes elecciones la derecha ya no tuvo mayores posibilidades de ganar; en la primera vuelta obtuvo el tercer lugar y los que quedaron para la final fueron Rodrigo Borja, actual presidente del país, socialdemócrata—su partido se llama Izquierda Democrática—, y su contendiente más cercano, Abdalá Bucaram, otro personaje seguramente conocido en algún momento aquí, pues su figura se hizo tristemente célebre tanto en España como en América Latina. Como ecuatoriano, no me siento especialmente orgulloso de esa “celebridad” pero creo que, más allá de que sea un fenómeno localizado en Ecuador, tiene raíces profundas que deberían inquietarnos a todos los latinoamericanos.

¿Quién es Abdalá Bucaram? Es miembro, más de membrete que de otra cosa, del Partido Roldosista y se supone heredero de lo que fue Jaime Roldós; pero los propios hijos de Jaime Roldós se han mostrado indignados con esto, han aclarado públicamente que ellos no se solidarizan con ese uso de su nombre. De hecho, Abdalá Bucaram representa más la tradición populista, sobre todo de la costa ecuatoriana; sólo que esta vez se trata de un populismo de derecha, o sea, el declive del populismo se traduce en un populismo de derecha. ¿Qué es ese populismo? Es una mezcla rara que va desde cierta admiración por Hitler, no sólo reflejada en el bigote de Abdalá Bucaram cortado exactamente según el modelo hitleriano, hasta declaraciones explícitas expresando que Hitler fue un gran organizador, y que él encuentra una serie de méritos en el Führer; hay eso, sumado a una especie de puritanismo que lo llevó a prohibir, cuando él fue alcalde, la minifalda en Guayaquil y la venta de cerveza los fines de semana o algo parecido; también, una dema-

1
1
2

gogia populachera manifestada en la forma más soez, y en unas declaraciones justamente hechas a *El País* de Madrid, diciendo, más o menos, que la competencia entre él y Rodrigo Borja se iba a definir por el tamaño de los testículos, cosa que, como argumento político, no es precisamente algo que debería entrar en juego. Esto es lo que representaba al populismo de Abdalá Bucaram; más allá de que sea doloroso para los ecuatorianos, es un fenómeno que evidencia una cierta descomposición, una cierta lumpenización de la vida en las grandes ciudades, tal como la he visto en Medellín, en Panamá, en Bogotá o en Río de Janeiro, donde, al no haber salida posible porque la propia democracia no ofrece una alternativa y donde las salidas revolucionarias parecen estar bloqueadas, por lo menos a corto plazo, se produce un deterioro tan profundo del ambiente social que, la cultura lumpen va absorbiendo múltiples espacios—en el caso de Guayaquil ha ido ganando la inmensa mayoría de sus espacios— y termina por convertirse en una cultura política de ese tipo. Es cierto que Abdalá Bucaram ya tocaba los límites máximos que debería tener un espectro político civilizado, pero hay que decir que Febres Cordero no se quedaba atrás en este lenguaje; yo no voy a repetir las maravillas que él decía, pero esa línea gangsteril y lumpenesca en todos los sentidos estaba marcando y desgraciadamente sigue marcando una de las vertientes de la política ecuatoriana.

Felizmente triunfó Rodrigo Borja —y digo felizmente porque la otra alternativa parecía peor— y el gobierno de Borja ha mantenido un perfil discreto en América Latina, y ha reunido las características que, en general, tiene la socialdemocracia en un contexto no conflictivo, no agudamente conflictivo, como es el

de Ecuador. ¿Qué quiero decir con esto? Comparado con el periodo de Febres Cordero, el de Rodrigo Borja es un periodo de apertura política, de respeto a las garantías democráticas, a las garantías ciudadanas, contrario al ambiente de terrorismo que había en la época de Febres, naturalmente impensable en el momento actual. Borja ha querido negociar las situaciones difíciles, como la de “Alfaro Vive” o la situación de “Montoneros”—grupos pequeños, grupos guerrilleros— que hubo en Ecuador. Así, en el plano político, su actuación ha ido por esa línea. Pero como toda la socialdemocracia en América Latina, no ha podido presentar una alternativa económica y, por lo mismo, ha seguido administrando el país, enfrentando el temporal de la crisis con medidas de corte fondomonetarista que, desde luego, le han quitado apoyo popular.

No me asombraría, por lo tanto, que en las elecciones legislativas de junio la oposición de nueva derecha o la oposición populista vuelvan a cobrar ímpetu, porque, simplemente, el talón de Aquiles del gobierno de Rodrigo Borja ha sido su antipopular política económica. Quisiera aclarar, ya que él pertenece a la socialdemocracia, que en el plano internacional el gobierno de Borja ha tenido un papel muchísimo más digno que el de sus colegas, es decir, no se ha convertido en punta de lanza de la política estadounidense como Carlos Andrés Pérez, no se ha apresurado a reconocer a Endara, y en general en los foros internacionales, por ejemplo, cuando el presidente de Colombia le pidió que entrara al Grupo de los Ocho, en vez de Panamá, Borja tuvo la dignidad de decir que no. En ese sentido pertenece a los sectores más independientes dentro de lo que, en cuanto a independencia, pueda haber en la socialdemocracia.